

# Amor intellectualis

Ion Vianu

TRADUCCIÓN

Victor Ivanovici y Susana Vásquez

Málaga, 2012

MIGUEL GÓMEZ EDICIONES





Obra publicada con el apoyo  
del Instituto de Cultura Rumano de Bucarest

Título original: *Amor intellectualis. Romanul unei educații*

© Poliron, de la edición rumana, 2010  
© Victor Ivanovici y Susana Vásquez, de la traducción, 2012  
© Gómez & Navarro, Comunicación, S. L., 2012  
Moreno Monroy, 5, 2.<sup>a</sup> 29015 Málaga.  
TEL./FAX: [34] 952 602 873  
mge@miguelgomezediciones.com  
www.miguelgomezediciones.com

ISBN: 84-88326-68-3  
DEPÓSITO LEGAL: MA-342-2012

Impreso en España  
Imprime: Imagraf Impresores  
Nabuco, 14. 29006 Málaga

Diseño y maquetación: DSGN.es

Sólo de viejos reconocemos de verdad  
lo que de jóvenes nos salía al encuentro.

GOETHE



## CAPÍTULO I

# El árbol de Navidad

LOS RECUERDOS DE LA PRIMERA INFANCIA RARA VEZ son algo más que iconos, imágenes únicas, fragmentos cortos de acciones, segundos de una película. El resto es reconstrucción. Al fallo de la memoria, le sustituye la fantasía, sin que medie entre ellas un límite preciso. Las reminiscencias se inscriben en el espacio onírico y sólo ciertas circunstancias, recreaciones, pueden distinguirse entre lo que realmente ocurrió y lo que fue sueño. Hay individuos que afirman no tener memoria sino a partir de los diez o doce años. Individuos sin recuerdos de la niñez por fobia a ellos. Temen descubrir cosas atroces de su pasado remoto. A veces se topan con un detalle insignificante que les deslumbra, como si acabasen de descubrir una reliquia abandonada en un rincón del desván. Su recelo debería carecer de fundamento; recordar te libera de la carga que has venido arrastrando en tu inconsciente. En lo que me concierne, mi más antiguo recuerdo es el siguiente: estoy delante del despacho negro de la casa de Mureșanu.<sup>1</sup> Un joven me sonrío (no alcanzo a distinguir su rostro, veo sólo su sonrisa como suspendida en el aire, igual a la del gato de Cheshire en *Alicia en el país de las maravillas*) mientras T.<sup>2</sup> me dice: «Mira, él es Alecu...» En este punto tengo una

<sup>1</sup> En la presente edición hemos optado por conservar la grafía rumana de los nombres propios. Al final del libro, se incluye un apéndice con algunas sugerencias sobre su pronunciación. Por otro lado se ha incluido, a modo de *dramatis personae*, un índice onomástico que, confiamos, ayude al lector a conocer mejor el contexto histórico en que se desarrolla esta *Bildungsroman* (N. del E.).

<sup>2</sup> Tudor Vianu, padre del autor. Todas las notas, salvo que se indique otra procedencia, son de los traductores

laguna, pero sin lugar a dudas sé que Alecu es el hermano menor de T. La siguiente imagen se desarrolla al cabo de un tiempo. Han pasado meses, años. Estamos sentados a la mesa. Alguien pronuncia el nombre de «Alecu». Pregunto entonces: «¿Pero, dónde está Alecu?» Se cierne el silencio... percibo un mutismo denso, es el Silencio universal... La pregunta iba dirigida en primer lugar a mi padre. A él lo había visto entonces, junto a su hermano. T. permanece callado, se ahonda el silencio. Es mi madre quien responde, asumiendo la penosa tarea de evocar lo insoportable. Dice parcamente: «Está muerto». Mas yo insisto: «¿No lo volveremos a ver nunca más?» Escucho su ahogado: «No». No quedaba ninguna duda respecto a lo que significaba la muerte: una separación sin retorno.

Alecu había fallecido en julio de 1936, a los treinta y tres años de edad. El primer recuerdo que conservo en la memoria, apenas cumplidos dos años, es la de aquel despacho negro. Está relacionado con el descubrimiento de la muerte, muchos Ade los recuerdos más lejanos de mi niñez tienen que ver, directa o indirectamente, con la muerte. El segundo recuerdo, es la escena en el comedor, cuando, recibí la respuesta a mi pregunta y descubrí que Alecu, esa sonrisa flotante, estaba muerto. Tenía la impresión de que aquello había sucedido hacía un mar de años. Demasiado tarde me revelaron la desaparición de Alecu, me invadió un sentimiento de culpabilidad por haberlo ignorado, como si hubiese sido una obligación mía haber adivinado lo indecible, lo no dicho por mis padres... En ese momento supe de la existencia de la muerte como algo irreversible (cuando mi madre dijo que no volveríamos a ver nunca más a Alecu y comprendí cuán absoluta era la pérdida de una persona), por añadidura, con esa imprudente pregunta había herido la sensibilidad de T., había puesto al descubierto algo de su vulnerabilidad. Creo que, a partir de ese instante, me hice a la idea de que uno tiene la obligación de intuir los sufrimientos ocultos, de compartirlos con los seres queridos, aun sin nombrarlos, sobrentendiéndolos, y quizás, ese sentir no ha sido extraño a la profesión que elegí.

Aquellos dos recuerdos son dos islas en un mar de olvido. Por esa misma época ocurrieron hechos profundamente dra-

máticos que afectaron a nuestra familia, sin embargo, no hay huella alguna en mi memoria. Un mal oculto, un serio peligro nos acechaba. En comparación, la muerte de Alecu era, pese a todo, algo distante. T. me contó repetidas veces, aunque mucho más tarde, los sufrimientos que tuvo que pasar a causa de sus graves problemas de salud: dos veces estuvo al borde de la muerte. Sufrió dos hemoptisis y la segunda fue tan violenta que casi se ahogó en su propia sangre. Mi abuelo, Ștefan Irimescu, su suegro, que era médico especialista en enfermedades pulmonares, acudió y según las radiografías constató que a pesar del síntoma no era tuberculosis. No se pudo establecer la causa. En esos casos lo que se recomendaba (pues no existía un tratamiento efectivo contra tan temible mal) era reposo absoluto durante seis semanas. «Descanso absoluto» quería decir no hacer el menor movimiento, permanecer como un cadáver yacente *perinde ac cadaver*. Pero quedaba el miedo de una posible recaída. La solución fue el doctor Angeli. Este médico era asistente de mi abuelo en el Sanatorio Filaret. Cada tarde, al terminar su trabajo en el hospital, venía a casa a vigilar a T., compartiendo la cama con él, pues de tener una hemoptisis, debía asistirlo en un segundo y no en diez, los que hubiese tardado de haber pernoctado en el dormitorio contiguo. Por lo que mi madre se instaló en mi habitación y dormía en la cama de al lado, en tanto que a la nodriza la mandaron a no sé dónde. T. me había hablado varias veces sobre la extraordinaria dedicación del doctor Angeli. «No en vano se llamaba así», decía, «era un verdadero ángel». Esto sucedía en 1938, entonces yo ya sabía de la muerte de Alecu, mientras que de las dolencias de mi padre me enteré de su propia boca, ya que había desaparecido de mi mente cualquier recuerdo. La primera vez, quizás (en este punto repetiré varias veces: «quizás») fue en la temporada de las vacaciones en Zamora, durante la guerra, por el año 1942, 1943 o incluso 1944. Yo no tendría más de diez años; al reflexionar sobre lo que me contaba mi padre, me di cuenta de que el acento no recaía en el peligro mortal que amenazaba su existencia sino en el que alguien irrumpiera en su vida para luego desaparecer tan de repente. De su narración, trascendía la excepcional relación entre ellos; entre un hombre que podía morir, T. y Angeli, su

único respaldo (y tan sólo de noche, pues de día a ese ángel de la guarda le reclamaban otras obligaciones). El médico no velaba por el paciente desde su cabecera, sino compartiendo su mismo lecho. No estaba movido por el sentido del deber o la necesidad de hacer méritos ante mi abuelo, su venerado superior; era que Angeli había descubierto en esa ocasión única, una de esas oportunidades que te ofrece la vida y que no debes dejar escapar. ¿Qué era aquello exactamente? No lo podemos saber. Así como no sabemos a ciencia cierta cuál es la invaluable esencia de la comunicación entre dos personas. «¿Has vuelto a ver a Angeli? le preguntaba, queriendo decir: a aquel hombre tan maravilloso, de infinita entrega. «No», me contestaba él, «ha muerto». Me sorprendía el tono neutral de la respuesta y sospechaba que encubría una emoción. Había fallecido, sí, casi enseguida, y yo apenas tuve noticia a los seis años de su desaparición. ¿De qué había muerto? Mi padre no lo sabía o no le apetecía hablar de ello. T. siempre fue discreto a la hora de mostrar sus sentimientos, como se ha mencionado más de una vez, y un buen ejemplo de su voluntad de disimularlos era su tono impávido al hablar de la desaparición de Angeli, lo que me dejaba desconcertado. «Le iba muy bien el nombre de Angeli» murmuraba, pero no decía que a lo mejor Angeli subió a los cielos como un ángel de verdad. Sin embargo, su silencio era elocuente. No sé cuándo fui consciente de que yo imaginaba la aparición y desaparición de ese ser misterioso como una *hierofanía*: los ángeles portadores de la Bendición descienden del Cielo para elevarse de nuevo cargados de los males terrenales que en presencia de la Faz Divina se purifican. De ese vuelo circular participaba el breve episodio entre Angeli y T. Así llegué a imaginarlo con el paso de los años, pero estoy seguro de que él se cuidaba de presentar los hechos de una manera demasiado directa, de transformar ese fragmento de vida en *mistagogia*, eso justamente prefería evitar. Mucho más que un relato con ángeles, mucho más poderoso que aquél —y más impenetrable, en el fondo— es la historia de la relación entre estos dos seres, tan privilegiada para ambos, tan singular, que tocó a su fin por el fatal deceso, no del paciente sino del médico. Cómo no vincular la muerte de Angeli a su excepcional entrega, a lo que también para él